

BIENAVENTURADOS LOS RICOS PORQUE DE ELLOS ES EL REINO DE LA TIERRA / Héctor Abad Faciolince

En estos días leí una especie de “bestiario para ricos” escrito por un periodista especializado en comportamiento animal, Richard Conniff, en el que hace despiadadas observaciones y deslumbrantes analogías entre la forma de ser de los ricos y las estrategias de mando de los grupos alfa (los dominantes) en muchas especies de simios. El parecido es extraordinario. Se trata de la Historia natural de los ricos, publicada este año por Taurus. Después de un siglo dominado por Freud y sus teorías –tan fascinantes como falsas– sobre nuestras pulsiones; después de un siglo en el que los antropólogos culturalistas lo explicaban todo por la influencia del ambiente, poco a poco se impone una comprensión psicológica del ser humano que en vez de explicarlo todo por inexorables condicionamientos culturales o por inextricables motivos inconscientes, intenta comprender al hombre según lo que no hemos podido dejar de ser: animales con un larguísimo pasado evolutivo que nos domina y nos hace ser como somos, con apenas unas estrechas rendijas recientes (el córtex cerebral, las leyes) para evadir por instantes las implacables órdenes de nuestros instintos.

Cada vez se hace más claro que sin las herramientas de la psicología evolutiva (hay que leer a Konrad Lorenz, a E. O. Wilson, y en especial a Steven Pinker para empezar a entenderla) resulta imposible comprender toda esa gama de virtudes, pecados y comportamientos típicos que los tratadistas antiguos llamaban las pasiones humanas: nuestros pertinaces deseos sexuales, la tendencia a engordar, las ansias de prestigio y poder, el terror a la humillación pública, el arribismo, los secretos deleites del adulterio, el miedo a envejecer, el encanto de

la belleza y de la juventud, los mordiscos de la envidia, el disgusto por la calvicie y el gusto por las tetas, las ambiciones de ascenso, o, para limitarnos al tema de este libro, la codicia casi general e insaciable de tener siempre más y más plata.

Empecemos por ahí: ¿qué es tener mucha plata? Y ¿en qué momento se apagan las ansias de seguir aumentando el propio capital? Cuando no hay vinos, viajes, viejas (de las comprables) que uno no pueda permitirse; cuando no hay libros, casas, carnes, canes, caballos, carros, que uno no pueda adquirir, ¿para qué tener más dinero? ¿Para comprar belleza, salud, años de vida, o para dar un paseo en satélite y tener la experiencia de la ingravidez? Quizá. O tal vez solamente para estar seguros de que nuestros descendientes seguirán teniendo los mismos privilegios.

Todos sabemos que es muy distinto ser un rico de pueblo (la casa de balcón en la plaza mayor, la hacienda con buen ganado y mucha agua) a ser un rico de ciudad, a ser un rico internacional, con refugios en Aspen, Mónaco y Bariloche. No nos quedemos en lo provinciano. Según los que saben, después de tener asegurada la casa de habitación y el sitio de descanso, nadie es rico con menos de cinco millones de dólares libres para invertir en bonos, divisas, títulos y acciones. Un millón de dólares, dijo hace un siglo un experto, “es apenas una pobreza decorosa”. Para tener en Europa o en Estados Unidos el mismo nivel de vida que llevamos en el Tercer Mundo, tendríamos que multiplicar por cuatro nuestros ingresos. El apartamento, el colegio, la muchacha, el mayordomo, el club, todo eso que aquí le cuesta tres mil dólares mensuales a un medio rico, allá le vale doce mil. Por eso tantos ricos locales regresan al país después de pocos años evadiendo el secuestro: es muy discreto el encanto de ser pequeños burgueses que planchan ropa, pelan papas y lavan platos.

Es triste, pero muy cierto, que las personas que carecen de alguna de las tres Pes por las que inconscientemente se mide el estatus (Plata, Prestigio y Poder) tienen de entrada desventajas en la lucha cotidiana por la existencia. No basta tener la razón para ser escuchados y tenidos en cuenta. En experimentos con chimpancés se ha visto que

la manada no aprende cuando se le enseña algo muy ventajoso al último (el omega) del grupo. Si el omega aprende a sacar bananos de un recipiente complejo, los del grupo no lo imitan porque casi ni lo ven. Si, en cambio, se le enseña al alfa la misma técnica, todo el grupo la aprende de inmediato. Algo muy parecido ocurre entre los humanos: los pobres, casi irremediabilmente, predicen en el desierto, y en cambio basta que un rico tosa para que casi todos consideren que su tos es elegante e inteligente. Hasta la imitan.

Incluso los jefes comunistas (supuestamente igualitarios) de los grupos guerrilleros, se llevan a la cama a las guerrilleras más atractivas. Y no hay quien no se pregunte de dónde sacan los traquetos los modelos que los acompañan. ¿Quiénes suelen casarse con reinas de belleza? O al revés: ¿con quiénes se casan las reinas de belleza? ¿Con oscuros y bajitos tenderos de pueblo, con barrenderos y mensajeros? Si le ponemos un “casi” a un rotundo “nunca” es porque en este mundo también ocurren milagros. Los ricos viven más en promedio, tienen un séquito de aduladores y criados que los cuidan, súbditos que gritan y ladran por ellos. Todo Uribe con cara de seminarista sonriente tiene un Londoño, un Pedro Juan o un General que enseña los colmillos y amenaza en su lugar. Las mujeres más ricas se casan más arriba y los hombres con plata conquistan a las hembras más apetecidas. Así como entre algunos pájaros los que dominan más territorio consiguen más parejas, también tienen más opciones de elegir las personas que viven en casas más grandes, con mejor vista y en vecindarios más caros. Da rabia que sea verdad, pero eso dicen las estadísticas.

¿Banal? Tal vez, pero resulta que estas cosas no se dicen. Es más, los ricos son los primeros interesados en disimularlas. Según ellos, no les interesa la plata, ni la ostentación, ni las conquistas. Pero hacen grandes fiestas (aunque nieguen que ostentan), publican a los cuatro vientos sus donaciones y obras de beneficencia, compiten con sus pares y se casan entre ellos para no dilapidar el patrimonio repartiéndolo con una cola de parientes pobretones. Cierta tipo de ropa y de marcas, y hasta las buenas maneras no son otra cosa que sustitutos del uniforme, para poder reconocerse entre ellos.

Después de dos mil años de admoniciones cristianas contra los ricos (“más fácil es a un camello el pasar por el ojo de una aguja, que a un rico el entrar en el reino de los cielos” Lucas, XVIII, 25; “¡Ay de vosotros los ricos! Porque ya tenéis vuestro consuelo en este mundo” Lucas, VI, 24; “Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos” Mateo, V, 3); después de dos siglos de diatribas marxistas contra los ricos, nuestra forma elemental y primitiva de pensar no ha cambiado en casi nada. La célebre frase del boxeador Kid Pambelé (“es mejor ser rico que pobre”), con su lapidaria ingenuidad de perogrullo, revela lo que casi todos seguimos pensando, digan lo que hayan dicho Jesús, Buda y Marx, los tres profetas más influyentes de la historia.

¿Quiere decir todo esto que estamos inexorablemente dominados por el instinto de admiración por los poderosos, y que de nada sirve la conciencia humana, desarrollada durante milenios, para contrarrestar la opresión y el dominio de los ricos sobre todos los otros? No. La cultura consiste, precisamente, en intentar comprender cómo somos, de qué modo estamos condicionados por la naturaleza los seres humanos, y cuáles son las mejores estrategias de los débiles para oponernos a la subyugación de los más ricos. Parece ser, por ejemplo, que la invención cultural de la monogamia fue una idea de los hombres más débiles para que la gran mayoría de las mujeres no quedaran en brazos de unos pocos. El ochenta por ciento de los cachorros que nacen en una manada de orangutanes, son hijos del alfa. Lo mismo no ocurre entre los humanos. Aunque a veces nuestras mujeres nos traicionan con tipos más ricos, más poderosos o más jóvenes, esto ocurre con apenas un diez o doce por ciento de nuestros hijos. En fin, nunca dejaremos de ser completamente los animales que en el fondo somos; pero a ratos somos capaces de portarnos casi como ángeles. Hasta los ricos y los presidentes saben que hoy en día ya no bastan la fuerza y la prepotencia. Los seres humanos somos más complejos y a veces conviene disimular las ganas de aplastar y seguir mandando mediante el camino más largo y más sofisticado de la benevolencia.